

HACIA EL QUINTO CENTENARIO

Gustavo Gutiérrez

***A monseñor Leonidas Proaño, testigo fiel de los
sufrimientos y esperanzas de lo más hondo
de América Latina.***

1992 es más que una fecha. Es la ocasión de hacer un balance de los quinientos años que -nos guste o no- han constituido lo que hasta hoy vivimos en América Latina. El hecho inicial es llamado descubrimiento, encuentro, conquista por unos; encubrimiento, desencuentro, invasión dicen otros. En ese proceso la fe cristiana ha estado presente -y ausente- de varias maneras. Esto último será particularmente tenido en cuenta en la carta Conferencia del episcopado latinoamericano (Santo Domingo, octubre 1992), que se propone buscar los caminos del anuncio del Evangelio para el tiempo que viene.

El asunto está mereciendo la consideración de muchas personas, provenientes de diferentes familias espirituales; como es normal se enfrentan enfoques distintos, e incluso opuestos, sobre un itinerario histórico y una realidad que mantienen sin cicatrizar antiguas llagas. Nos estamos planteando, otra vez en nuestra más bien corta historia,

el significado de nuestro ser latinoamericano. Con cargo a retomar la cuestión con mayor detenimiento, vale la pena adelantar brevemente algunas ideas respecto a la forma de abordar este delicado y conflictivo tópico.

Desde la historia del otro

Es necesario tener el coraje de leer los hechos desde el reverso de la historia. En esto se juega nuestro sentido de la verdad. En efecto, sólo la honestidad histórica nos liberará de los prejuicios, las interpretaciones estrechas, la ignorancia, los ocultamientos interesados que hacen de nuestro pasado una hipoteca que nos aprisiona, en lugar de convertirlo en un impulso a la creatividad.

Recuperar la memoria nos hará desechar por inadecuadas, y consiguientemente inútiles, las denominadas 'leyenda negra' y 'leyenda blanca'. Esconder lo que realmente sucedió en esos años por miedo a la verdad, por defender bien arraigados privilegios o por el frívolo uso de expresiones llamativas, nos condena a la esterilidad histórica. No se condice, además, con las exigencias del Evangelio. Así lo entendieron muchos de los que vinieron inicialmente a procamarlo a este continente, y que por eso mismo denunciaron con firmeza todo lo que iba contra la voluntad de vida del Dios del Reino de amor y justicia. Ello hacía exclamar a Guamán Poma, quejosa pero esperanzadamente también: "y así, Dios mío, ¿adónde estás? No me oyes para el remedio de tus pobres".

Querer ocultar los testimonios de la época sobre la inmensa destrucción de personas, pueblos y culturas, así como de sus lazos vitales con el mundo natural, equivale a pretender tapar el sol con una mano. Innumerables textos de misioneros (dominicos, franciscanos, mercedarios, agustinos, jesuitas, y tantos más), miembros de las poblaciones autóctonas, obispos, cronistas, autoridades de la época, han dejado constancia de una realidad atroz (véase lo que dice al respecto el documento de la Comisión Pontifical Justicia y Paz, *La Iglesia frente al racismo* (1988) n.3).

Pretender que estamos ante documentos de inspiración 'lascasiana' es falso históricamente, porque muchos de ellos son anteriores a la acción del gran defensor de los indios, o vienen de personas y áreas ajenas a su influencia, e incluso de algunos de sus adversarios, como Motolinia por ejemplo. Se trata de un intento por atribuir a las ideas (y presuntos prejuicios) de "un hombre solo", como dice el famoso documento de Yacay (1571), lo que en verdad pertenece a hechos relatados por numerosos testigos. Lo que tienen en común tales denuncias es la situación que se vivía y no la lectura de los mismos textos. Todavía en nuestros días está en vigencia el empleo de ese recurso, la finalidad es la misma: velar una realidad injusta y desafiante.

Las Casas fue tal vez quien más hondo caló en lo que sucedía en ese tiempo y quien articuló mejor una reflexión teológica a partir de esos acontecimientos; pero al hacerlo no fue sino un *primus inter pares*, porque tuvo muchos compañeros de ruta y de esperanza. Lo que hizo, y con él un puñado de frailes y obispos -y un poco más tarde nuestro Guamán Poma-, fue denunciar con claridad que la opresión y la muerte que sufrieron los habitantes de las Indias se debía a la codicia por el oro, una idolatría según la Escritura. Precizaron asimismo que las injusticias y maltratos existentes antes de la llegada de los europeos (hechos cuya crueldad es necesario mirar cara a cara también) no podían, en lo más mínimo, legitimar el despojo y la explotación de los indios. Verdades elementales, que echan sus raíces en el derecho humano y el mensaje cristiano. Al recordarlas expusieron sus vidas, como el obispo Valdivieso, en Nicaragua (cariñosa y premonitoriamente llamada por Las Casas "riñoncejo de las Indias").

Expusieron también su reputación, porque estos representantes de lo mejor de España fueron considerados -y lo son todavía por quienes permanecen ajenos a la renovación de la historiografía sobre la época- como sostenedores de posiciones 'extremistas' y enemigos de su patria. Su pecado consistió, más bien, en quitar la careta a quienes

con su comportamiento difamaban a su país y hacían escarnio de la fe cristiana que presumían tener. Lograron así provocar en España, y en las Indias, una discusión sobre la legitimidad de la presencia europea y sus métodos que no se dió en ningún otro país del Viejo Mundo. Nos dejaron también testimonios de realidades, que se esforzaron por cambiar, muchas de las cuales no conoceríamos sin ellos. Empresa difícil ante el carácter avasallador de los hechos de la época, pero que debe ser apreciada -con sus límites y posibilidades- en su contexto histórico, así como en sus alcances posteriores.

Las Casas nos dejó una pista importante para leer hoy nuestro pasado. A los teólogos europeos, que sin haber pisado estas tierras pontificaban justificando las exacciones que se cometían en ellas, les decía: "si fuésemos indios", veríamos las cosas de otro modo. Es un firme reconocimiento de la alteridad y una negativa a la integración por medio del sometimiento y la absorción. Es también un llamado, difícil todavía hoy para muchos, a cambiar el punto de vista para comprender estos hechos. La historia escrita desde el dominador nos ha ocultado, por mucho tiempo, aspectos importantes de la realidad. Necesitamos conocer la otra historia, que no es sino la historia del otro, el otro de esta América Latina que permanece con "las venas abiertas" -para emplear la célebre expresión de E. Galeano- precisamente porque aquél no es reconocido en la plenitud de su dignidad humana. Su 'lejanía', respecto del actual orden socio-económico y la cultura dominante, hace del pobre, del otro, nuestro prójimo por excelencia, según nos lo enseñó la parábola del samaritano desde el inicio de la teología de la liberación. Esa historia requiere nuevos *Comentarios Reales* como apuntaba con intuición poética Antonio Cisneros. Una historia hecha en gran parte de resistencia del indio, andina sobre todo entre nosotros, a la intromisión foránea y al desprecio de sus valores humanos que ella trajo. Oposición que, pese a todo, supo conservar tradiciones culturales, y vivas sus lenguas, que alimentan al presente y son un elemento capital de nuestra identidad.

Un modo de reconocer al otro en sus raíces históricas es tener al interior de los actos a realizarse con motivo del quinto centenario (la apertura de la cuarta Conferencia episcopal podría ser una excelente ocasión), celebraciones penitenciales. No se trata de actitudes masoquistas, finalmente autosatisfactoria e infecundas. Ocurre que nadie escapa a la responsabilidad de lo que vivieron y viven los pobres, y que el modo cristiano de asumirla es pedir un humilde perdón a Dios y a las víctimas de la historia por nuestras complicidades -explícitas o tácitas, en el pasado y en el presente, como personas y como Iglesia- con esa situación. Buscar ser perdonado es querer recibir vida, expresa su voluntad de cambiar nuestro comportamiento y reafirma la obligación de ser signo eficaz en la historia del Reino de amor y justicia.

Sin olvidar el presente

Si nos interesa una mirada histórica es en función de nuestra situación presente y de nuestra solidaridad con los pobres de hoy. El quinto centenario no debe convertirse en una invitación de hacer retroceder el reloj de la historia. Nuestro acercamiento al pasado no puede estar movido por la nostalgia, sino por la esperanza; no por la fijación a situaciones anteriores, dolorosas y traumáticas, sino por la miseria actual y la convicción de que sólo un pueblo que tiene memoria puede transformar la situación que vive y construir un mundo distinto.. La historia, como insistía Bartolomé de Las Casas "es la maestra de todas las cosas", siempre que vayamos a ella para comprender mejor nuestros días. No podemos quedarnos inmovilizados en el ayer, en esa línea J.C. Mariátegui nos llamaba ya a no caer en anacronismos: "la Conquista, mala y todo, ha sido un hecho histórico. La República, tal como existe, es otro hecho histórico. Contra los hechos históricos poco o nada pueden las especulaciones abstractas de la inteligencia ni las concepciones puras del espíritu. La historia del Perú no es sino una parcela de la historia humana. En cuatro siglos se ha formado una realidad nueva. La han

creado los aluviones de Occidente. Es una realidad débil. Pero es, de todos modos, una realidad. Será excesivamente romántico decidirse hoy a ignorarla". No se puede rehacer la historia. Es una cuestión de realismo.

Este tratamiento tiene, sin duda, sus riesgos; debe ser hecho con respeto por las coordenadas temporales y culturales del pasado. La impaciencia por aprender de la historia lleva a veces a manipularla; pretendiendo, por ejemplo que las condiciones y las opiniones se repiten tal cual. se trata de comparaciones fáciles que no tienen en cuenta la densidad de la historia, y que no permiten abordar con ojos nuevos los desafíos presentes. No podemos designar por eso -salvo ampliando los términos excesivamente- a ciertos misioneros y teólogos del siglo XVI, como 'teólogos de la liberación' (expresión que tiene un sentido preciso y contemporáneo) como quien les pone una condecoración en el pecho. Afirmar que alguien del pasado es brillante intelectualmente porque pensaba en su época como nosotros hoy, es dejarse contaminar por la arrogancia del espíritu moderno. La modernidad se considera el último grito de la historia, de ahí que su mayor elogio a los aportes de pensadores de etapas anteriores, consista en decir que "se adelantaron a su época". Es decir que eran 'modernos' antes de tiempo...

Dar, por ejemplo, a Las Casas el calificativo de teólogo de la liberación, puede sin duda llamar la atención sobre algunos aspectos de su pensamiento, pero sin querer engañar sobre otros; no nos parece en consecuencia ni apropiado, ni tampoco por cierto necesario para valorar su pensamiento y testimonio. Estos discurren en un contexto muy distinto al nuestro, tanto a nivel social como teológico, el lenguaje es otro también. Su profundidad les viene de las raíces evangélicas, y del modo como Las Casas supo vivir su fidelidad al Señor. Aproximarse a este testigo del amor de Dios en nuestro continente, implica respetarlo en su mundo, en su época en sus fuentes, ser lúcido sobre sus límites. Esta actitud lejos de distanciarnos de su obra nos

acerca a ella, sin pretender ponerla abusivamente al servicio de la forma como hoy defendemos causas que pertenecen -eso sí- al mismo tronco. Debemos, por consiguiente, saber enfrentar los nuevos retos con nuestros propios medios y, al mismo tiempo, aprender de hombres como Pedro de Córdoba, Juan de Zumárraga, Vasco de Quiroga, Juan del Valle, Guamán Poma y tantos otros.

Nuestro interés y nuestra protesta por lo ocurrido el siglo XVI, con las diferentes naciones y culturas indias no puede hacer preterir el intrincado proceso de los siglos posteriores -con la llegada de nuevas razas y culturas- ni tampoco la situación de explotación y despojo de los pobres de hoy en nuestro subcontinente. Sería nefasto que el asunto del quinto centenario nos confinara al siglo XVI. En los pobres están actualmente representadas las que Arguedas llamaba "todas las sangres". Esto configura un estado de cosas muy distinto al que confrontaron los indios - y quienes se solidarizaron con ellos- en el pasado, pero su testimonio tiene mucho que enseñarnos para responder a los nuevos desafíos y conflictos sociales. También en nuestros días se da una destrucción de personas y culturas, y se sigue oyendo "los justos clamores, que con generalidad han llegado al cielo", de que hablaba Tupac Amaru II.

Oponer, como hacen algunos, el indio al pobre es una forma sutil de quedar anclados en el pasado, pretendiendo adoptar una postura novedosa. No podemos sino alegrarnos del descubrimiento que estas personas hacen ahora al marginado de nuestra sociedad que durante tanto tiempo estuvo lejos de sus preocupaciones, salvo como objeto de estudio. La crítica a lo unilateral y escuálido de ciertos análisis sociales, es válida y debe ser retenida; pero no separemos aspectos que se implican mutuamente y que justamente porque no se fusionan concurren a hacernos ver la complejidad del mundo del pobre, despojado y despreciado. Hay aquí un enriquecimiento al que no podemos renunciar. Facilitarse la tarea, escogiendo allí donde no es posible hacerlo, lleva a alejarnos de las personas concretas, de

su universo social y cultural, así como de sus sufrimientos, reivindicaciones y esperanzas de hoy.

Urge construir la sociedad desde los intereses y valores de los pobres de estos días, clases sociales, razas, culturas despojadas y marginadas, la mujer, especialmente la que pertenece a esas capas de la sociedad. Esa forja que debe ser consciente de la gran variedad cultural y étnica de América Latina, sin pretender fantasiosa e injustamente imponer una forma cultural -tardía, además- como la cultura de toda la región. Aducir para ello un pretexto evangelizador, deja de lado la experiencia eclesial de Pentostés. Lo propio de ésta, según el libro de los *Hechos*, no fue hablar un solo idioma, sino que aquellos venidos de áreas raciales y culturales distintas oían a los apóstoles "hablar cada uno en su *propia lengua*". No uniformidad, pero sí diálogo y unidad profunda, basada en el respeto a la diversidad; no integración impuesta, sino aceptación de la alteridad y la heterogeneidad étnica y cultural. El proceso que designa el neologismo inculturación, es sumamente exigente. Para un cristiano él tiene, además, resonancias de encarnación, y por consiguiente de auténtica y profunda presencia en la historia.

La preocupación por la situación actual no puede, en consecuencia, estar ausente del acercamiento a nuestro pasado. En el hoy de la historia, los cristianos deciden su condición de discípulos y su solidaridad con los pobres y oprimidos.

Con audacia

Leer la historia desde el reverso de ella y desde nuestras preocupaciones actuales, verdad y solidaridad; a ello hay que añadir una perspectiva de futuro y esperanza.

El presente adquiere densidad cuando se nutre con la memoria de un itinerario, cuando se tiene el coraje de identificar los problemas no resueltos, que -por eso

mismo- se tragan vorazmente muchos esfuerzos actuales. Es lo que sucede en América Latina con la cuestión racial; como sabemos, una de nuestras grandes mentiras sociales consiste en decir que no existe racismo en este subcontinente. Lo grave es que esto se afirma incluso aquí en el Perú, tal vez uno de los países más racistas de Latinoamérica. No tenemos, es cierto, leyes racistas; dada la poca gravitación del orden jurídico entre nosotros, ello tiene escasa significación. Poseemos, en cambio, algo peor y más difícil de erradicar: hondas costumbres racistas. Lo que viene del horizonte indio, negro y amazónico es objeto del frívolo interés, pero, salvo importantes excepciones, es profundamente menospreciado y marginado. "Te hicieron colectivo anonimato sin rostro, sin historia" dice expresivamente Pedro Casaldáliga a quien ha experimentado este desdén y encubrimiento por varios siglos. El racismo es sin duda un componente importante en la diversa y cruel situación de violencia (institucional, terrorista y represiva) que se vive hoy en el Perú.

No obstante, la densidad del presente está hecha también de las promesas que se encuentran en él. En la situación tal como es hoy, y no como quisiéramos que fuese. Es necesario colocarnos en el inacabado proceso de desencuentros y encuentros forzados de razas y culturas, en la actual situación de pobreza e injusticia en que viven las mayorías; importa también ser lúcido sobre el verdadero sujeto del esfuerzo liberador que se da entre nosotros. Es interesante al respecto más que la evolución, la profundización que se opera en la obra de Arguedas desde el conjunto de cuentos de *Agua*, que serpentea sólo en los valles andinos, hasta *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Según esta última novela, las posibilidades reales de un cambio se darán gracias a aquellos en quienes se realiza el encuentro de lo serrano y lo yunga; ellos, portadores de una "luz que nadie apagará", son los nuevos artífices de la historia peruana. "Zorros", herederos de un rico y múltiple pasado, que corren muy rápido y dejan jadeante al propio Arguedas, al mismo tiempo que descartan la simplificación en que caen las llamadas corrientes hispanistas e indigenistas.

Se trata de una sociedad en devenir, de "áureos corican-chas बातizados" en los que las "piedras se encabritan", como decía Vallejos, con viejas heridas no curadas, caminando sobre la destrucción de pueblos y culturas, marcada hoy por la miseria y el despojo de la mayoría de sus miembros, en la que los pobres luchan por afirmar su dignidad de personas. En esta sociedad la Iglesia es llamada -y está comprometida- desde Medellín (cf. Documento preparatorio y Mensaje), a una "nueva evangelización". La perspectiva ha sido retomada con vigor y claridad por Juan Pablo II con motivo del quinto centenario. Es evidente, además, que su novedad requiere del testimonio de los grandes evangelizadores del pasado. Eslo fueron a la vez -no podía ser de otro modo- grandes defensores de los indios; ya hemos recordado que esto último produce escozor entre nosotros; también fue así en esa época. Es inevitable. Hablar desde y con los pobres, y no sólo para ellos, será siempre cuestionador de intereses y privilegios, mientras se den las enormes e injustas desigualdades y la opresión de que son objeto.

La nueva evangelización tendrá que ubicar con lucidez y honestidad los retos que la historia pasada y el hoy del subcontinente le presentan. La discusión surgió alrededor de Medellín, se hizo más aguda en las cercanías de Puebla y cobra nueva actualidad al aproximarnos a la cuarta conferencia del episcopado latinoamericano. El debate será, una vez más fructuoso; siempre y cuando, claro está, se tengan en cuenta las nuevas condiciones, desafíos y reflexiones. América Latina es demasiado variopinta para ser explicada con análisis sumarios y escuetos.

Hay que vencer le tentación -por cansancio, por temor o por interés- de no ver la hondura de las interpelaciones que vienen de una realidad cruel, compleja y dolorosa. La Iglesia debe escuchar todas las voces que buscan hacerse oír en América Latina. Es una excelente oportunidad para echar una mirada global sobre una historia que desemboca torrentosa y desordenada en nuestros días. No todo en el presente es síntesis y terreno dispuesto a la semilla

evangelizadora, amenazada sólo por ideas recientes y foráneas, llegadas de sociedades modernas, según algunos parecen pensar. Nos movemos, por el contrario, en el campo de los hechos sociales y culturales, y en él concurren tanto factores contemporáneos, como una historia controvertida. La cultura es creatividad permanente, no se la defiende como tradición si no se la empuja hacia adelante. La vida diaria del pueblo pobre es, pese a todo, fuente permanente de esperanza; ella hace que no desaparezca la alegría, cuya ausencia era para el profeta Joel (1, 12) el signo mayor de la profundidad de la crisis que experimentaba su nación.

La presencia de la Iglesia en este proceso tiene sus "luces y sombras" como decía Medellín con coraje y probidad. Al mismo tiempo, en estas dos últimas décadas, las experiencias, las reflexiones, los testimonios de muchos cristianos constituyen una gran riqueza para enfrentar esta tarea. La nueva evangelización del subcontinente comenzó en esos años. Es innegable que en ellos se ha afirmado una Iglesia que confronta con madurez la realidad en debe anunciar el mensaje evangélico y ha nacido una nueva manera de ser cristiano. Esto debe ahondarse y abarcar nuevos ámbitos; preocupa por eso la resistencia y el desconocimiento que se dan hoy en algunos ambientes frente a la más fecundas tendencias de la pastoral y de la teología en América Latina de los últimos años.

No se trata de repetir sin más lo descubierto y lo hecho en este tiempo. Evitemos confundir radicalidad con pereza intelectual y falta de decisión para innovar y aprender. Se necesita un gran esfuerzo creador para enfrentar las actuales desafíos de la realidad. Lo elaborado, por ejemplo, en teología en estas décadas tiene que ser repensado y reformulado, incorporando otros temas y perspectivas. Esto lo hará más incisivo ante los endurecimientos, las transformaciones y los nuevos cuestionamientos que se presentan. La fidelidad al Dios de nuestra fe y a los pobres implica, al contrario, la atención permanente al Evangelio y al caminar con un pueblo que vive en una situación cam-

biante.

En todo esto hay logros evidentes, pero es mucho más todavía lo que queda por hacer y mudar, incluso al interior de la Iglesia. Puebla llama por eso a una conversión de todos los cristianos y del conjunto de la Iglesia. Esto no se logrará sin una actitud que el libro de los *Hechos*, en la aurora del trabajo misionero de la Iglesia, llama *parresía*. Este término griego significa audacia para hablar claro, postura opuesta al temor a la realidad que vemos al presente en tantos círculos eclesiales. No hay otro modo de evangelizar. Los tiempos nos llaman a enfrentar los desafíos actuales con *parresía*, ella se basa en la esperanza en el Señor que por ser "la verdad", por tener -según Las Casas- "del más olvidado y más chiquito la memoria muy viva", "todo lo hace nuevo". También nuestra identidad latinoamericana y el modo de proclamar -en medio de una realidad marcada por la muerte temprana e injusta- el Reino de vida.

(De la revista **PAGINAS**, Perú, Nº 99, Octubre 1989, Págs. 7-15).

Si vemos este inmenso continente de América Latina y contemplamos ahí su historia; su vida, sus millones de empobrecidos por la injusta distribución de la riqueza, entonces Las Comunidades Eclesiales de Base son como lucecitas de esperanza que brotan en esa noche aquí y allá, multiplicándose por millares en nuestra tierra Latinoamericana.

Hacen presente el Evangelio de los pobres, el Evangelio del Reino que es... ¡El mismo Evangelio de Jesús, el pobre! el hombre totalmente libre, el servidor de sus hermanos, el crucificado, el resucitado... Esa sociedad de los hermanos ya la vamos construyendo desde Las Comunidades Eclesiales de Base. Esas lucecitas en América Latina son ya semilla, anuncio y presencia de la nueva alborada de la Nueva Sociedad.

MONS. LEONIDAS PROAÑO.